

**Racconto del viaje de tres mozalbetes, Primo Miedotutti, Segundo Logicus Racionalius y Tercero Triste y Final, que salieron en busca de Feliz Fortuna y de lo que les aconteció, o de cómo debemos respetar a Flora, la Fuente...**

de Marina Sepúlveda

Érase una vez -cuenta Basilisa la Sabia- hace mucho mucho tiempo, en el fluir del tiempo, una ciudad situada detrás de siete mares y siete rascacielos en donde vivían tres gallardos mozos.

Al llegar a la mayoría de edad -los 35 años- salieron a recorrer el mundo en busca de los misterios de la vida. Ellos eran Primo, Segundo y Tercero. Tales eran sus nombres. El primero era muy valiente y no conocía el miedo, el segundo sólo creía en lo que sus ojos veían y se pasaba todo el tiempo ensayando y “erroneando”, y por último el tercero, el menor, a quien le constaba mover su gris figura. Éste salió arrastrándose por la ancha avenida, triste y melancólico, sin saber por qué debía hacerlo. Y así fue que los tres marcharon en busca de fortuna, al menos Primo y Segundo.

Mucho recorrieron, tal vez siete leguas, o siete océanos, u otras tantas montañas y rascacielos, hasta que un día la ciudad desapareció. Frente a ellos un gran letrero de neón rezaba: “No soy virtual, soy real, y si no me crees entra y compruébalo por ti mismo, aunque ten en cuenta que tal vez sólo dolor en mi interior encontrarás”. Así chisporrotearon las luces y se apagaron. Y los tres mozos, a su turno y debido a fluir, se abrazaron y meditaron sobre ello. El primero estuvo medio segundo. El segundo, tras balancear los pros y contras, tres horas y treinta minutos, y el tercero ni siquiera vio el cartel, tan solo suspiró y entró en el laberinto.

Todos ellos siguieron las instrucciones, mal que bien, siempre yendo hacia la izquierda por la senda, siempre bifurcante. Tras mucho andar, ya cansados encontraron el centro, donde una fuente argentada madre de todas las fuentes, se erguía majestuosa. El primer mozo, embelesado, corrió hacia ella y osó tocar su immaculado espejo de agua. Un gran estruendo se dejó escuchar por la floresta: -¿Quién se atreve a interrumpir mi descanso?-. -Yo- contestó fuerte y claro Primo. -Por tu osadía - respondió la voz - conocerás el miedo y este nunca se separará de ti.- Dicho y hecho. Primo se quedó cabizbajo y se sentó sollozante bajo una rama cual manto.

Segundo, también llamado Homo Científicus, llegó a su tiempo a la fuente. Se paró, la observó, la rodeó y se dijo para su colete: -Mhum, ajá, qué interesante- y siguió dándole vueltas. Nuevamente retumbó la voz: -¿Quién osa perturbar mi descanso, circunvalándome como mero objeto?-. -Por supuesto que yo- dijo Segundo. -Por tu impertinencia serás castigado y conocerás la intuición-. Acobardado, el mozo se sentó y no pudo moverse.

Al tiempo, lánguido, llegó Tercero. Ni siquiera se percató de la presencia de tamaña fuente y ya estaba por llegar al otro lado de la senda cuando la tumultuosa voz le regañó: -¿Quién te crees que eres para ofenderme de ese modo?, jamás mortal alguno dejó de embelesarse con mi gracia y saltos cantarinos. Por tu atrevimiento, cruel mortal, cargarás con la alegría.- Tercero se detuvo, por primera vez desde que partiera de su casa. Miró alrededor y el mundo cobró vida y color. Risas y campanillas sonaban con un pequeño movimiento de su cuerpo y cual bufón, libre al fin de su sufrir, llegó hasta Primo y Segundo que enraizados

extendían altas sus numerosas ramas. El alegre mozo brincó entre las ramas, feliz hasta que en su juego fue uniendo los dos árboles y las ramas y juntos crecieron con cuidado, sin osadía desmedida, con intuición y prevención de los profundos fluíres de los vientos, y con risas cantarinas entremezclando un lastimero ay... de vez en cuando. Los tres mozos se sintieron satisfechos de su suerte y fueron ascendiendo hacia el sol. Tal vez hoy, en la lejanía, en días diáfanos, si se presta mucha atención, puede escucharse el canturrear argentado de la fuente y percibirse un frondoso árbol que se eleva hacia el cielo, uniendo y siendo todo.